

Emily y Susan: sobrevolando la identidad

Elena Álvarez Gallego

Duoda. Universidad de Barcelona

Resumen

“Emily y Susan: sobrevolando la identidad” es un escrito que trata sobre el desatino que puede haber detrás del querer meter a Emily Dickinson en la identidad lesbiana. Asimismo, ahonda en la relación que tuvo Emily con la identidad, y cómo se negó durante toda su vida a encajonarse dentro de ella.

Palabras clave: Emily Dickinson – Susan Huntington Gilbert – Identidad – Lesbianismo político – Amor entre mujeres – El Ser.

Fecha de recepción: 25 octubre 2023.

Aceptación: 27 enero 2024.

Resum

«Emily i Susan: sobrevolant la identitat» és un escrit que tracta sobre l'error de voler posar l'Emily Dickinson en la identitat lesbiana. Així mateix, aprofundeix en la relació que tingué Emily amb la identitat, i com es negà durant tota la seva vida a caure dins d'ella.

Paraules clau: Emily Dickinson – Susan Huntington Gilbert – Identitat – Lesbianisme polític – Amor entre dones – El Ser.

Summary

“Emily and Susan: Flying Above Identity” is a piece of writing that looks at the mistake of attempting to place Emily Dickinson as being of lesbian identity. At the same time, it looks deeper into the relationship that Emily had with identity, and how she refused to fall into it for the duration of her entire life.

Key words: Emily Dickinson – Susan Huntington Gilbert – Identity – Political lesbianism – Love between women – Being.

Hace seis años que imparto la asignatura ‘La poesía de la experiencia según Emily Dickinson’ en el *Máster de la Política de las Mujeres* del centro Duoda de la Universidad de Barcelona. Y hay algo que llevo notando en algunas de las alumnas de estos últimos años, también en personajes de la cultura que ya aceptan en el canon la relación amorosa de Emily y Susan: y es el empecinamiento en afirmar que Emily Dickison era lesbiana, como para hacer de ella un referente de la lesbiandad moderna.

Primero de todo, con los poemas y cartas de la autora en mano, y las biografías y artículos que hay de ella hasta la fecha, no podemos afirmar que fuera lesbiana. No porque no amara de una manera romántica y sexual a mujeres, sabemos que amó a Susan Huntington Gilbert de esa manera, y mucho, durante casi toda su vida; sino porque en su época no se hablaba en esos términos de las mujeres que amaban a otras mujeres. Al mismo tiempo, toda esa información que tenemos de ella no deja claro que sólo amara a mujeres y que nunca amara a algún hombre, como les ocurre a las mujeres que dicen ser lesbianas de la época actual. En algunas cartas que le escribe al juez Otis Phillips Lord manifiesta apreciarle, incluso flirtea y parece que va a aceptar casarse con él –aunque sabemos bien que en esa época el que una mujer quisiera casarse a cierta edad con un hombre mucho más mayor podría ser por pura supervivencia económica y social, y no tener absolutamente nada que ver con los asuntos del corazón–. También están los poemas y cartas a ‘Master’, que varios académicos atribuyen a un hombre, pero que yo creo que no son más que ejercicios poéticos a un sujeto amoroso universal, y afinando más, ‘Master’ podría ser directamente Susan. De todas maneras, no creo necesario que para abandonar la idea de que Emily llevara la etiqueta ‘lesbiana’ sobre sí haya que demostrar por otro lado que podría haberle gustado algún hombre, y que por tanto podría haber sido bisexual – respecto a ella intuyo que es erróneo entrar en los términos de las orientaciones sexuales–. Precisamente de no encasillar a una poeta del siglo XIX desde el identitarismo del siglo XXI trata este texto.

El matrimonio bostoniano

Las mujeres de Inglaterra y del norte de Estados Unidos del siglo XIX amaban a otras mujeres, como han hecho las mujeres desde que apareció el homo sapiens sobre la Tierra, pero no estaban por etiquetarse, también porque no cumplir con la heterosexualidad obligatoria estaba mal visto socialmente y podían ser castigadas. No podían permitirse el lucir etiquetas en público respecto a una sexualidad que no fuera la imperante. Para sortear la misoginia de su tiempo inventaron una manera para amarse y hasta para vivir juntas: el matrimonio bostoniano. Consistía en dos mujeres que vivían juntas en una misma casa, a veces con el marido de una, otras veces solas porque eran viudas o solteras, que de puertas hacia fuera eran “mejores amigas”, pero que de puertas hacia dentro podían ser también amantes. Sobre el matrimonio bostoniano, el lesbianismo y Emily Dickinson, escribió Adrienne Rich:

Expresaban sus afectos por otras mujeres de manera verbal y física; un matrimonio no diluía la fuerza de la amistad entre mujeres [...]. La amiga íntima del siglo diecinueve pudo haber sido una figura mucho más importante en la vida de una mujer que el propio marido. Pero de ninguna manera este hecho fue constatado o condenado como ‘lesbianismo’. Entenderemos mejor a Emily Dickinson y leeremos su poesía de forma más perceptiva, cuando las imputaciones freudianas de escándalo y aberración frente al amor entre mujeres hayan sido suplantadas por una actitud más conocedora y menos misógina hacia las experiencias vividas entre mujeres.¹

Emily y Susan se conocieron y se enamoraron a los dieciséis años en Amherst, donde Emily vivía (Susan estaba de paso). La poeta tenía una situación económica y familiar más acomodada que Susan, que era huérfana. El hermano de Emily, Austin, empezó a pretender a Susan, porque por edad y estatus “le tocaba buscar esposa”. En algún momento, Emily y Susan pactaron que la

segunda se casaría con Austin, para poder supervivir ésta económicamente, pero también para vivir una junto a la otra, pues Austin le ofrecía a Susan construir una casa al lado del hogar familiar de Emily. Su idea era vivir ‘casi’ juntas, como en un matrimonio bostoniano, a un “seto de distancia”, como cuenta Emily en su poema número 5, en el que habla de su hermana Lavinia y de Susan, expresando claramente el tipo de relación amorosa que mantenía con su cuñada:

Una Hermana tengo en nuestra casa -
Y una, a un seto de distancia.
Solo una está inscrita,
Pero ambas me pertenecen.

Una vino por el camino que yo vine -
Y llevó mi vestido del año anterior -
La otra, como un pájaro su nido,
Entre nuestros corazones construyó.²

Finalmente, Susan se casó con Austin a los veinticinco años en 1856, y las dos mujeres vivieron juntas durante treinta años hasta la muerte de Emily en 1886, a los cincuenta y cinco años de edad (Susan moriría a los ochenta y dos años en 1913).

Emily sorteando la identidad

Emily Dickinson vivió una relación amorosa con otra mujer durante casi cuarenta años, le dedicó una parte importantísima de su obra, incluso vivió prácticamente al lado de esa mujer de manera material, pero no podemos decir que fuera lesbiana, ni por su época ni por ella misma, ya que fue una persona muy poco proclive a caer en las identidades. No era nacionalista, estuvo en contra de la Guerra Civil Estadounidense que ocurrió estando ella viva, y aunque claramente era anti esclavista, no tomó partido en las nacionalidades de los bandos de las guerras de los hombres. Tampoco era religiosa, siéndolo y mucho, toda su familia y comunidad; tenía su propio sistema de creencias,

y aunque practicara la espiritualidad, no se casó nunca con dogmas que le vinieran impuestos desde fuera. Fue una de las mejores poetas de la historia de la literatura universal, y siendo ella muy consciente de su genialidad, fue a la vez una persona muy humilde, que no cayó en la trampa de la identidad respecto a lo laboral: no se identificaba como poeta profesional, incluso habiendo publicado un par de veces. Simplemente sabía que era escritora desde el tuétano y que no tenía que constatarlo a nadie más allá del compartir sus poemas; a veces ni eso, los escribía para sí misma, cosiéndolos en fascículos y guardándolos en un arcón, al que nadie tuvo acceso hasta después de haber muerto ella. Emily Dickinson era, no decía que era. No tuvo ningún interés en participar en ideologías, en -ismos o en identidades. Por eso, si estuviera viva hoy, no creo que le gustara que nadie le pusiera ninguna etiqueta respecto a su sexualidad y sentir amoroso; repudió las etiquetas, de cualquier tipo, toda su vida, y eso sí está documentado. Tampoco creo que hubiera participado en movimientos de militancia de la actualidad, pues ya en su época empezaban las sufragistas y no mostró un especial interés, siendo claramente una mujer que vivía independiente de los varones. Dudo que se hubiera identificado con un activismo lesbiano; simplemente no casa con la personalidad que muestra en sus poemas, cartas y elementos biográficos.

¿Por qué la necesidad de identidad? ¿Por qué algunas de las alumnas que dicen ser lesbianas parecen necesitar afirmar que Emily lo fue sin pruebas indiscutibles (el que ella hubiera dejado un dato identitario de esa índole por escrito)? ¿Por qué esa obcecación en meter a Emily en una lista para que sirva como referente respecto a una cuestión de la identificación que no tuvo mucho que ver con ella? Emily no dejó por escrito que solo amara a mujeres, y no podemos resucitarla para preguntarle sobre este asunto. Sí dejó por escrito en más de 300 poemas dedicados a Susan y en otras muchas cartas que amaba a otra mujer, y no solo desde lo sentimental, también desde lo sexual; posiblemente suyos son los mejores poemas de sexualidad clitorica compartida entre mujeres de la literatura occidental. ¿No basta con eso? ¿Si amas a mujeres no es

suficiente saber que Emily también las amó y que puedes recurrir a sus poemas para que representen tu sentir en absoluto sin rótulos?

Elena Álvarez Gallego
Emily y Susan:
sobrevolando la
identidad

Intuyo que ese interés de las alumnas en identificar a Emily ocurre por dos razones. La primera porque amar a otras mujeres en una sociedad misógina que margina y violenta a las mujeres que no practican la heterosexual obligatoria puede ser arduo. Las mujeres que aman a otras mujeres en el patriarcado se enfrentan a un grado alto de violencia, y ante ella, es comprensible querer ‘hacer piña’ para poder unirse a otras que experimenten lo mismo y verse así más protegidas. En ocasiones, una de las causas por las que aparece el identitativismo es la necesidad del ser humano de pertenencia a un grupo, para dentro del grupo sentir protección ante la amenaza externa. Es cierto que se han conseguido mejoras sociales a través de organizaciones que se construyeron en torno a identidades, eso no se puede negar. Cabe preguntarse si solo a través del juego identitario se podrían haber conseguido esas mejoras, o si hay otras maneras de conseguirlas, o incluso si esas mejoras en verdad no son tan ‘positivas’ o ‘indispensables’ como algunos nos quieren hacer creer (recomiendo leer el libro *No creas tener derechos* de la Librería de Mujeres de Milán). Un buen ejemplo de esto sería la ‘conquista’ del matrimonio homosexual en los ordenamientos jurídicos occidentales. La institución del matrimonio es uno de los puntales de la heterosexualidad obligatoria patriarcal que tanto daño ha hecho a las mujeres a lo largo de milenios; las mismas lesbianas radicales no lo celebran, no creen que el poder casarse, imitando lo que han hecho los hombres con las mujeres, sea algo que deban celebrar. Aunque la identidad parezca dar frutos a corto o medio plazo, en el largo se cobra un precio en el ser humano que suele ser alto; sobre esto habla la historiadora Élisabeth Roudinesco en su último libro:

No hay nada más regresivo para la civilización y la socialización que establecer una jerarquía de las identidades y pertenencias. Aunque la afirmación

de identidad es siempre un intento de oponerse a la marginación de las minorías oprimidas, en ella se advierte un exceso de reivindicación de sí mismo, un deseo loco de no mezclarse con ninguna cosa distinta a la propia. Y cuando uno adopta este reparto jerárquico de la realidad, se condena a inventar un nuevo ostracismo frente a los que no estarían incluidos en su microcosmos. De modo que, lejos de ser emancipador, el proceso de reducción identitaria reconstruye lo que pretende deshacer.³

Aunque pueda parecer que las identidades sirven en ciertos momentos para hacernos creer que estamos unidas y protegidas en un grupo (en el fondo creo que a larga son una fuente de división de los seres humanos), también es cierto que, concretamente, las identidades de las orientaciones sexuales que aparecen en los años setenta del siglo XX en Estados Unidos pueden caer en ocasiones en el individualismo capitalista y en el culto al ego, algo que a la larga no va a beneficiar a las mujeres que aman a otras mujeres, mas si éstas quieren vivir lo más ajenas al patriarcado que puedan. De alguna manera, lo que pivota dándose sentido al contraponerse dialécticamente a la identidad de la heterosexualidad obligatoria, entra en el juego del patriarcado. Entiendo que las mujeres que aman a otras mujeres y que se han visto violentadas por ello hayan sentido la necesidad de agruparse en una identidad que las una y proteja, más si les han vendido desde hace cincuenta años machaconamente desde varios flancos que esa era la única manera de sobrevivir. Lo que no comprendo es que esa identidad la quieran extrapolar a mujeres muertas a las que no pueden conocer para preguntarles personalmente sobre su sentir, mujeres que además nunca comulgaron no ya con esa identidad, sino con ninguna, como en el caso de Emily Dickinson.

La identidad relacional

Hay quizá una “identidad” que sí puede ser beneficiosa para las mujeres que aman a otras mujeres, ya que amar a

otras mujeres es entrar en relación con otra u otras: es una práctica relacional ante todo. La antropóloga Almudena Hernando la llama “identidad relacional”, dice sobre ella:

Elena Álvarez Gallego
Emily y Susan:
sobrevolando la
identidad

La identidad relacional consiste en tener una idea de sí sólo en tanto que parte de una unidad mayor que es el propio grupo, lo que aumenta la sensación de seguridad y potencia frente a una naturaleza que no controlan en ninguna medida. [...] Debe comprenderse algo fundamental en este punto: la identidad relacional no implica que se dé mucha importancia a las relaciones que se sostienen (como puede suceder con la mayor parte de la gente individualizada), sino la imposibilidad absoluta de concebirse a uno/a mismo/a fuera de esas relaciones. [...] Leenhardt (1997), un pastor protestante y etnólogo francés destinado a Nueva Caledonia a principios del siglo XX, expresaba perfectamente esta idea al referirse al concepto de persona entre los canacos. Para ellos, la persona sólo se concibe como el resultado del cruce de todas las relaciones en las que se inserta: «yo soy el padre de mi hijo, el sobrino de mi tío, el hermano de mi hermana...». Es imposible encontrar en ellos ningún núcleo de identidad interior, particular, diferenciado, aislado, propio, lo que nosotros llamaríamos el yo.⁴

La identidad relacional se practicaba entre las mujeres en sociedades de cazadoras recolectoras de antes de que apareciera el patriarcado. Las mujeres no se agrupaban en identidades respecto al haber nacido en un determinado trozo de tierra, ni con la labor que hicieran dentro del grupo, ni con el hecho de sentir atracción afectivo-sexual por otras mujeres u hombres. Simplemente eran la madre de, la hija de, la nieta de... de ahí que se les llame sociedades matrilineales, porque las miembros encontraban su lugar en función de la relación tangible con la madre y con otras, no en función de identificaciones con conceptos más o menos abstractos.

El lesbianismo político

La segunda razón que atisbo respecto al interés de estas alumnas en decir que Emily fue lesbiana, no tiene tanto que ver con la necesidad de pertenencia a un grupo, sino con algo que podría ser una ‘moda’. Me da la sensación de que se ha ‘puesto de moda’ el feminismo radical, y dentro de él, está el lesbianismo político, que se vertebra en torno a la identidad lesbiana. Personalmente acojo con alegría esta ‘moda’, pues el feminismo de la igualdad y la teoría queer que estaban en boga anteriormente entre las jóvenes (por desgracia siguen estándolo) no representan mi sentir como feminista. Hay una generación de chicas que está harta de la violencia sexual de los hombres, que va en aumento por culpa del crecimiento de las industrias de la prostitución y la pornografía, y que se ha visto con la necesidad de rescatar el feminismo radical de los setenta porque las otras corrientes feministas (y hasta antifeministas disfrazadas de feminismo) más conocidas no las amparaban.

El lesbianismo político parece ofrecer a todas las mujeres una salida al hecho de tener que relacionarse sexo-afectivamente con hombres que se han educado desde la niñez viendo pornografía y que pueden ser potencialmente violentos: el darse cuenta de existe la posibilidad de sentir atracción e interés romántico hacia otras mujeres incluso si es algo que no tuvieran claro desde niñas o adolescentes. Según una de sus fundadoras, Sheila Jeffreys, ser lesbiana no es tener relaciones sexo-afectivas con otras mujeres y nunca con hombres, sino no tenerlas con hombres, dice: “Pensamos que todas las feministas pueden y deben ser lesbianas políticas. Nuestra definición de lesbiana política es una mujer que no tiene sexo con hombres. No significa actividad sexual obligatoria con mujeres”.⁵ Las mujeres que aman a otras mujeres que sí defienden las orientaciones sexuales desde una postura más natural y no política, no están de acuerdo con esta manera de definir a las lesbianas. No voy a entrar en el conflicto que existe entre estas dos maneras de entender la lesbiandad, no es el objetivo de este texto. Lo que me interesa resaltar con esta información

es que el lesbianismo político les está sirviendo a algunas jóvenes para salir de la heterosexualidad obligatoria patriarcal, en uno de los momentos en que los hombres están siendo más violentos contra las mujeres de la historia de la humanidad. Precisamente del lesbianismo político he notado que vienen la gran mayoría de alumnas que se empeñan en posicionar a Emily Dickinson como lesbiana, de ahí que intuya que esto ocurre por una mezcla de necesidad de pertenencia y la adscripción a un tipo de pensamiento feminista que está en boga en la actualidad. El lesbianismo político se caracteriza por la importancia que le da a la genealogía, y parece que varias de sus practicantes creen que Emily tendría que estar en ella.

Emily y el Ser: sus poemas

Uno de los saberes que más se manifiestan en la poesía de Emily Dickinson es la distinción entre el Ser (también llamado ‘esencia’, ‘espíritu’, ‘Yo verdadero’ o ‘alma’) y la identidad (una parte de la personalidad). En los poemas de Emily se ve claramente que ella habla de la necesidad de la re-conexión con el Ser, ya que nos solemos desconectar de él más o menos a partir de los cinco años, cuando empezamos a desarrollar la personalidad, lo cuenta aquí la bailarina y mística Jeanne de Salzmänn:

El verdadero Yo viene de la esencia. Su desarrollo depende del anhelo de la esencia. Es un querer ser. Y después un querer ser capaz de ser. La esencia está formada por las impresiones asimiladas en la infancia hasta los cinco o seis años, cuando se produce una ruptura entre la esencia y la personalidad. Para continuar su desarrollo, la esencia debe volverse activa a pesar de los obstáculos provenientes de la presión ejercida sobre ella por la personalidad. Necesitamos el recuerdo de sí para que la esencia pueda recibir las impresiones. Solo en un estado consciente se puede apreciar la diferencia entre la esencia y la personalidad.⁶

No solo Emily Dickinson y Jeanne de Salzman hablaron de la diferencia entre el Ser y la personalidad (identidad) y de la necesidad de romper con la segunda para poder recordar lo que una es cuando vino al mundo; ha habido muchas más, es un saber que está en las religiones antiguas pre-patriarcales, en las místicas medievales, incluso en algunas escuelas filosóficas de la Antigüedad anteriores al aristotelismo que arrasó con (casi) todo. Es algo que se sabía hasta hace no mucho, yo misma lo tenía claro de niña, quizá porque de alguna manera nos lo inspiraban los/as propios bebés cuando los/as observábamos recién nacidos/as. Eres lo que eres cuando naces; nunca eres más tú que en el momento del nacimiento. No tienes que descubrir quién eres de más mayor, solo volver a reconectar con lo que eras cuando naciste, deshaciendo la máscara de la personalidad, dejando atrás el trauma. Estamos en un momento de la humanidad occidental en el que se confunde masivamente la identidad con el Ser primigenio. El capitalismo transhumanista está vendiéndole a las personas que no son ellas mismas al nacer: tienen que dilucidar quiénes son mucho después del nacimiento, con el peligro que acarrea confundirse con la personalidad en esas épocas tan convulsas y confusas de la vida como son la adolescencia y la primera adultez. Pareciera que a día de hoy esté mal visto, debido al pensamiento posmoderno, hablar de la esencia del ser humano, del Ser. El pecado capital actual es ser ‘esencialista’, cuando el posmodernismo nunca habla en realidad de la esencia humana (no la entiende ni la roza), sino que la confunde torticeramente con el biologicismo darwinista del XIX, algo mucho más tardío y propio al patriarcado que el estudio de la esencia que hicieron las místicas medievales que vivieron bastante ajenas a él. El pensamiento posmoderno quiere hacerle creer a la gente que el Ser es algo que está en su cabeza (no en el todo de su existencia: cuerpo, mente, espíritu), y que se puede incluso llegar a materializar si no concuerda con lo real a través de abrazar una identidad. La cosa se complica aún más cuando el abrazar la identidad mental no le basta a la gente confundida y engañada por un patriarcado-capitalista

ferozmente anti-humano, porque la verdad humana de que no somos solo pensamientos en un cerebro se abre paso. En ocasiones, estas personas creerán que es necesario pasar por una serie de cirugías y hormonaciones que ponen en peligro su salud para apuntalar una identidad abstracta en una carne que se tiene que dañar sí o sí –las identidades abstractas son todavía más peligrosas para la psique que las que tienen alguna relación con lo material–. Frente al camino de la sabiduría sapiencial, que era el de reconocer al Ser desde el nacimiento para volver a redescubrirlo en la adultez a través del trabajo interior, aparece ahora un nuevo camino profundamente neoliberal, que defiende la creencia de que nunca se nació siendo nada, que hay que adscribirse a una identidad posteriormente para poder encontrarse, confundiendo Ser e identidad, proponiendo un camino a la inversa. Las consecuencias para la psique, la salud holística y la vida del espíritu de esta corriente de pensamiento serán nefastas, ya las estamos viendo.

Lo que me gustaría expresar en este epígrafe es que es un error caer en el mecanismo de la identificación con Emily Dickinson, ya sea respecto al lesbianismo o respecto a cualquier otra identidad. Aunque no cayó en las identificaciones, Emily Dickinson sí se representó a sí misma en muchísimos de sus poemas, la mayoría de veces a través de alegorías. Se alegorizó como poeta por medio de aves (ya que al igual que los pájaros ella era capaz de cantar con sus versos), también con insectos como el grillo, que produce un tipo de música, o la araña, que teje la tela al igual que ella era una costurera que cosía palabras. Utilizó alegorías para encarnarse que tenían que ver con su talento y fortaleza (el Elefante, el Gigante, la Mágica Criatura...), o con su humildad y vulnerabilidad (el Gorrión, el Niño, el Ama de Casa...); era sin duda una persona consciente de sí. Respecto a su relación amorosa con Susan, otra mujer, se personificó como un Petirrojo, una Margarita, una Abeja, una Peregrina o el Este (Susan era el Oeste); no tienen nada que ver estos símbolos con el concepto que tenemos actualmente de “lesbiana”. Ninguna de las alegorías de la poeta entra en el terreno de las identidades, porque la

alegoría pretende representar al Ser y no a los artificios de la personalidad (la identidad).

¿Qué dijo la propia Emily sobre la identidad en sus poemas? Mencionó esa palabra en algunas ocasiones, y de sus versos se puede intuir que no era especialmente una defensora de la identidad como verdad humana. En su poema 803, dice:

Naturaleza y Dios - yo no conocía Ni a Una Ni a
Otro
Pero Ella y Él Me conocían tan bien
Que se sobresaltaron, como Albaceas
De Mi identidad -

Pero Ni Una Ni Otro dijo - que yo podía aprender -
Mi Secreto tan seguro
Como el interés privado de Herschel
O el Asunto de Mercurio - ⁷

Aquí habla de la Naturaleza y de Dios como si fueran el Universo, el universo sapiencial que nos conforma y que nos conoce tal cual somos, insinuando que éste no nos reconoce en la identidad. Ella da a entender que se puede saber lo que una es a través del trabajo interior (el aprendizaje del que no le dijeron nada la Naturaleza o Dios), no de la identificación. William Herschel fue un astrónomo germano-británico que descubrió el planeta Urano en el s. XVIII; Mercurio se refiere también a un planeta. Habla del universo.

En el poema 817, que trata sobre la vida y la muerte, vuelve a tratar la identidad, dice en la última estrofa (justo esa estrofa concreta dentro del manuscrito original fue dedicada a “Sue” y entregada en mano a Susan):

Aventura suma contra sí misma
El Alma está condenada a ser
Atendida por un singular Perro de Busca
Su propia identidad - ⁸

Se puede ver que hace distinción entre el Ser, el “Alma”, y la identidad, a la que llama “Perro de Busca” (*hound* en inglés, que quiere decir ‘sabueso’). No es un poema que trate la identidad en negativo, parece que le puede dar al Ser algún tipo de asidero, un perro que lo acompaña, pero al mismo tiempo considera que el alma está “condenada” en cierta manera, al tener a la identidad cerca de ella.

En la última estrofa de otro poema, el 917, se puede apreciar la diferencia que hace entre el Ser (el alma) y la identidad:

Una Costumbre del Alma
Mucho después del sufrimiento
El Interrogar a la Identidad
En pos de pruebas de que ha sido - 9

Pareciera decir aquí que es un error interrogar a la identidad sobre la existencia del almacorporal, ya que ésta es en sí misma sin necesidad de que la identidad se tenga que meter en triquiñuelas para dar pruebas de ella.

Hay tres poemas más en los que Emily utiliza la palabra ‘identidad’ (1397, 1385, 1515). No veo necesario citarlos todos, pero sí creo que el 1515, que además es corto y se puede adjuntar entero, puede ser revelador:

Enajenada de la Belleza - nadie puede estar -
Porque Belleza es Infinito -
Y el Poder de ser finita cesó
Antes de que fuera plegada la Identidad - 10

Emily nos hace saber aquí que existe una necesidad de “plegar la Identidad”, para poder alcanzar la infinitud, que en su imaginario está relacionada con el almacorporal, el Ser. De nuevo incide en la idea de que la identidad no tiene que ver con el Ser.

Por último, hablar de la palabra ‘Nadie’, en mayúscula, que usa para representarse a ella misma en varios de sus

poemas (6, 260, 629, 656, 1069). Suele acudir a ella para resaltar su humildad, y al insistir que es ‘nadie’ plasma la ausencia total de identidad. Muy conocido es su poema 260, del que adjunto la primera estrofa:

¡Yo no soy Nadie! ¿Quién eres tú?
¿No eres - Nadie - tampoco tú?
¡Entonces somos un par!
¡No lo digas! ¡nos desterrarían - ya sabes! ¹¹

Es un texto en el que habla de ella y de Susan y de cómo se parecen entre sí, ya que no tienen nada que ver con los hombres que las rodean, entre ellos su hermano Austin. La otra ‘Nadie’ es Susan, y la ausencia de identidad es un secreto que comparten entre ambas y que las une.

Conclusión

A modo de conclusión me gustaría volver a incidir en la idea de que Emily Dickinson fue más grande que las identidades, pasó por encima de ellas, respecto a todo lo que hizo en su vida, incluido el hecho de amar a otra mujer, Susan. No creo que fuera lesbiana, y tampoco que haya que ponerla en la lista de lesbianas de referencia. Es comprensible y respetable que las lesbianas hagan una genealogía propia, es necesaria en muchos momentos de las vidas de las mujeres que se han sentido violentadas y/o borradas y necesitan referentes desde los que construir, pero no creo que Emily sea válida para esa genealogía, sí otras muchas mujeres valiosísimas que escribieron cosas preciosas sobre el amor entre mujeres, como Adrienne Rich o Audre Lorde, que sí decían de sí mismas ser lesbianas. Yo opto por respetar lo que Emily expresó de sí, y apreciarla por lo grandioso que nos dejó a todas las mujeres, independientemente de a quién amemos, aunque especialmente ella hablara del amor entre mujeres, la joya de la corona.

Bibliografía

Elena Álvarez
Gallego
Emily y Susan:
sobrevolando la
identidad

HERNANDO, Almudena. *La fantasía de la individualidad Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. Madrid: Traficantes de sueños, 2018.

LEEDS REVOLUTIONARY FEMINIST GROUP. *Love your enemy?: The debate between heterosexual feminism and political lesbianism*. London: Onlywomen Press, 1981.

MAÑERU, Ana y María-Milagros RIVERA (trad.). *Emily Dickinson. Poemas 1-600. Fue – culpa – del Paraíso*. Madrid: Sabina Editorial, 2012.

– *Emily Dickinson. Poemas 601-1200. Soldar un Abismo con Aire –*. Madrid: Sabina Editorial, 2013.

– *Emily Dickinson. Poemas 1201-1786. Nuestro Puerto un secreto*. Madrid: Sabina Editorial, 2015.

RICH, Adrienne. “El Vesubio en casa: el poder de Emily Dickinson (1975)”. En *Sobre mentiras, secretos y silencios*. Barcelona: Icaria, 1981.

ROUDINESCO, Élisabeth. *El yo soberano: Ensayo sobre las derivas identitarias*. Madrid: Debate, 2023.

De SALZMANN, Jeanne. *La realidad del Ser*. Madrid: Ganesha, 2011.

notas

¹ RICH, Adrienne. “El Vesubio en casa: el poder de Emily Dickinson (1975)”. En *Sobre mentiras, secretos y silencios*. Barcelona: Icaria, 1981, p. 192.

² MAÑERU, Ana y María-Milagros RIVERA (trad.). *Emily Dickinson. Poemas 1-600. Fue – culpa – del Paraíso*. Madrid: Sabina Editorial, 2012, p. 79.

³ ROUDINESCO, Élisabeth. *El yo soberano: Ensayo sobre las derivas identitarias*. Madrid: Debate, 2023, p. 22.

⁴ HERNANDO, Almudena. *La fantasía de la individualidad Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. Madrid: Traficantes de sueños, 2018, p. 77.

⁵ Leeds Revolutionary Feminist Group. *Love your enemy?: The debate between heterosexual feminism and political lesbianism*. London: Onlywomen Press, 1981, p. 5.

⁶ De SALZMANN, Jeanne. *La realidad del Ser*. Madrid: Ganesha, 2011, p. 41.

⁷ MAÑERU, Ana y María-Milagros RIVERA (trad.). *Emily Dickinson. Poemas 601-1200. Soldar un Abismo con Aire –*. Madrid: Sabina Editorial, 2013, p. 315.

⁸ *Ibidem*, p. 329.

Elena Álvarez

Gallego

Emily y Susan:
sobrevolando la
identidad

⁹ *Ibidem*, p. 449.

¹⁰ MAÑERU, Ana y María-Milagros RIVERA (trad.). *Emily Dickinson. Poemas 1201-1786. Nuestro Puerto un secreto*. Madrid: Sabina Editorial, 2015, p. 325.

¹¹ MAÑERU, Ana y María-Milagros RIVERA (trad.). *Emily Dickinson. Poemas 1-600. Fue – culpa – del Paraíso*. Madrid: Sabina Editorial, 2012, p. 403.